

V.
CRÓNICA

Jorge Vargas Cullell

Condenados a innovar: Costa Rica y el mundo distópico de la pos-pandemia

San José, 14 de Julio de 2021

Quisiera empezar agradeciendo al Espacio Universitario de Estudios Avanzados (UCREA) de la Universidad de Costa Rica por haberme invitado a dar esta conferencia.

Pienso que UCREA es una arena ideal para una conversación que procure romper los moldes singularmente estrechos de la organización disciplinar de nuestras universidades, pero también para superar las rigideces que imponen las teorías y paradigmas caros a nuestras mentes y corazones. Diría yo, un espacio para levantar la mirada y escudriñar nuestros propios prejuicios.

Mi agradecimiento es todavía mayor pues, sea por casualidad o por intencionalidad, hago esta presentación en una fecha, el 14 de julio, en la que conmemoramos un nuevo aniversario de la Revolución Francesa, un acontecimiento clave de nuestra modernidad. Clave, incluso para nosotros, los latinoamericanos, ese “otro occidente” mestizo nacido de un choque brutal de mundos, pues el grito de “libertad, igualdad y fraternidad” sigue ocupando un lugar central en nuestros esfuerzos por construir un mundo mejor. Y en el mío particular.

El título de mi conferencia es “Condenados a innovar: Costa Rica y el mundo distópico de la post-pandemia”. En mi charla procuraré desarrollar una reflexión sobre lo que considero son los riesgos acumulados de insostenibilidad económica y social de nuestro estilo de desarrollo, nuestra inviabilidad como Estado-nación si no alteramos el curso que actualmente tenemos y aprovechamos el punto de inflexión histórica en el que nos

encontramos. Espero que esta reflexión sea lo suficientemente interesante como para provocar una rica deliberación.

Un escenario distópico

Para empezar, les propongo el siguiente ejercicio de pensamiento. Cerremos los ojos e imaginemos, por un instante, un mundo en el futuro, un futuro no muy lejano en el tiempo, pero tampoco tan cercano como para que esa proyección sea una mera trasposición de nuestra realidad actual. Ese mundo futuro no es, estemos claros, un escenario inevitable, por cierto, pero sí uno posible. Y, agregaría yo, con una probabilidad nada despreciable de ocurrir como argumentaré después.

Pensemos, pues, que estamos en el año 2046, dentro de un cuarto de siglo. Y me apresuro a poner la única condición mentirosa, invariante, con el fin de endulzar esta elaboración un tanto amarga: imaginemos que todos los de este escenario estamos vivos y con salud, que somos parte de ese mundo, testigos de él. Nobleza obliga.

Pues bien, es el año 2046. Hace calor, mucho calor en Costa Rica. Es julio, son las nueve de la mañana en un amarillento Valle Central y la temperatura ronda los 30 grados. Desde hace unos diez años, un segundo verano, que abarca los meses de julio y agosto, ha partido en dos la antigua estación lluviosa y estamos en plena canícula. Otro día más con racionamiento de agua en la aún nominal ciudad capital del país, medio despoblada después



de la emigración de cientos de miles de urbanitas hacia los territorios del Caribe Sur y la Península de Osa en búsqueda de agua y humedad¹.

Los antiguos territorios periféricos del sur de Costa Rica están hoy densamente poblados. De representar menos del 6% de la población nacional y apenas un 7% de la actividad económica en 2017², hoy concentran cerca de una cuarta parte de la población y de la producción. En apenas diez años surgieron ahí verdaderos centros urbanos de precaria infraestructura en los antiguos poblados rurales y turísticos y la acumulación de gentes ha borrado, en la práctica, las fronteras entre Panamá y Costa Rica: Paso Canoas y Sixaola tienen cerca de un cuarto de millón de personas cada una y constituyen una masa urbana indiferenciada a ambos lados del borde. Una buena parte de la población es centroamericana, que se asentó ahí huyendo de la desertificación, la hambruna y las guerras en los antiguos territorios de Guatemala, Honduras y El Salvador³.

En cambio, Guanacaste y la región norte se han despoblado. La combinación entre la creciente falta de agua -en estas regiones el déficit crónico de lluvias ha sido mayor- con prácticas agrícolas extensivas, basadas en paquetes tecnológicos contaminantes e intensivas en capital, generó cada vez menos empleos y, además, la devastación de las antiguas zonas protegidas, para compensar los rendimientos productivos decrecientes. Por cierto, debo anotar que en el nuevo polo demográfico del país, la zona sur y oriente, este fenómeno de intrusión en las zonas protegidas también se dio aunque aquí fue resultado, más bien, de su expansión⁴.

La población de Costa Rica es, en 2046, de seis millones de personas. Casi una cuarta parte de la población adulta tiene 60 años o más (24,6%), la edad promedio de la fuerza laboral ronda los cincuenta años, en comparación con los 37 años a principios de siglo, y los jóvenes menores de 35 años son una parte minoritaria de los habitantes del país (apenas una quinta parte), una situación contrastante con la prevaleciente durante la mayor parte de la historia republicana del país (cfr. INEC, 2021). En hombres de generaciones numéricamente cada vez más pequeñas se recarga una población cada vez mayor perteneciente a la tercera, cuarta y quinta edad.

Sin embargo, solo la minoría de la fuerza de trabajo tiene buenos y muy bien remunerados

empleos. Esta minoría son los mejor educados, quienes trabajan en los enclaves de alta tecnología, amurallados y de un color blanco resplandeciente. Estos enclaves están dispersos por la geografía del país, muchos ellos alrededor de los antiguos complejos hoteleros. Vacíos desde hace años pues hace mucho tiempo dejaron de llegar los turistas a esta zona del mundo, tan afectada por la sequía, los huracanes y la inestabilidad social y política.

Cada enclave es una pequeña ciudad equipada con los avances tecnológicos de punta, en la que vive cómodamente la fuerza laboral más calificada, conformando una comunidad cosmopolita totalmente enlazada al resto del planeta. Sin embargo, cuando pierden el empleo, y nadie los recontracta, la persona y su núcleo familiar son expulsados de los *Shangri La*. Como en el pecado original de Adán y Eva en la Biblia.

El resto del país son masas de población con empleos precarios y rebuscando su existencia, en un contexto de alta violencia social y un territorio ambientalmente degradado. Poco de los antiguos sistemas de protección social (salud pública y pensiones) subsiste, pues quienes pueden contribuir por su capacidad económica, lo hacen dentro de los sistemas específicos de los enclaves, mientras que los antiguos sistemas públicos, desfinanciados y desvencijados, dependen de las contribuciones fiscales y parafiscales de una fuerza laboral mayoritariamente informal y de bajos ingresos.

En consecuencia, millones de personas padecen crónicos problemas de salud, la esperanza promedio de vida no aumenta desde el año 2030 (pese a que en el mundo más desarrollado ronda los 110 años) y hay hambre. Los edificios de los hospitales y escuelas públicas que no han sido abandonados, tienen años de no ser reparados. Los campus de las universidades públicas que no se reconvirtieron en centros de educación para los enclaves, están ruinosos. Es como Venezuela 2021, país que experimentó una caída del 70% de la producción nacional en ocho años, la mayor en la historia moderna, solo que peor.

La institucionalidad y los servicios públicos se han segmentado también: la parte del Estado que funciona brinda servicios de buena calidad a los enclaves y habita dentro de sus muros; la parte del Estado fuera de los enclaves es, básicamente, una institucionalidad de papel. Ahí, las antiguas

fuerzas policiales se han reconvertido en ejércitos privados al servicio de los capos del crimen organizado: algunos siguen usando sus raídos uniformes, la mayoría ya no.

La antigua democracia solo funciona, también, en los enclaves, pero en un marco de fuerte control social sobre la población, utilizando dispositivos que permiten a los gobernantes, que también residen ahí, conocer y entender los deseos y demandas de la población, incluso antes de que ésta lo articule conscientemente⁵. El voto ahí es por medio del chip que las personas tienen implantado en su cuerpo.

Ello ha llevado a un recorte y una redefinición del “demos”: ciudadano, como en la antigua Grecia, es el habitante de la pólis y la pólis hoy es el enclave. El resto de la población es “meteca”, no tiene una condición jurídica específica, aunque, si logra por fortuna encontrar un empleo en la pólis, se le brinda inmediatamente su identidad, se le da una inducción en el nuevo mundo y se le implanta su chip.

¿Cómo y por qué llegamos allí?

Esa es, en síntesis, mi distopía para el año 2046. Se trata, quiero reiterar, de una fabulación, la imaginación de un escenario posible. No estoy diciendo que los dados están echados y, ni mucho menos, que es un mundo inevitable.

Como siempre ocurre en la historia, todo momento es un horizonte abierto, un cruce de caminos y, en el ámbito de las relaciones humanas, me opongo a los determinismos de las leyes de la historia. No creo en ellas, aunque entiendo que, cuando se mira en retrospectiva una época en particular, la concatenación de eventos parece una cadena inevitable.

Sin embargo, ésta es la ilusión de la mirada hacia atrás: cuando se examinan hechos consumados, todo parece necesario. En la realidad nunca sabemos lo que va a pasar y somos testigos de ello en nuestro propio presente: en términos filosóficos, creo en la agencia humana, aunque entiendo que el campo de decisión de los individuos y las sociedades a las que pertenecen está decididamente condicionado por los incentivos y restricciones que enfrentan y por su cultura e identidades. Aún teniendo en cuenta ese condicionamiento, insisto que no me anima una epistemología determinista al elaborar el escenario distópico que presenté.

Digo otra cosa: que la probabilidad de que esa distopía del 2046 ocurra, es decir, que el riesgo del siniestro se materialice, como dirían los actuarios, depende enteramente de las decisiones u omisiones que nosotros, los contemporáneos de esta época, adoptemos en relación con los problemas que nuestra sociedad enfrenta y que, de no resolverse, complicarán nuestra situación.

En términos metodológicos, esta consideración me obliga a explicitar el procedimiento que seguí para confeccionar mi escenario del futuro, pues quiero asegurarles que no fue producto de una noche febril.

Lo primero que quiero decir es que esta proyección de futuro surge de la observación de tendencias y problemas del presente. De esta manera, mi mundo del futuro nace del mundo actual. Se trata, por supuesto, de una selección interesada de factores, pues faltarían muchos más para pintar un futuro repleto de detalles y matices, pero la escogencia y caracterización de cada uno de estos factores está respaldada en el conocimiento científico de hoy.

Quienes me escuchan hoy no pueden ver las referencias bibliográficas en el texto, pero quienes lean el documento de esta conferencia podrán consultarlas.

Menciono algunos de estos factores que empleé como variables claves de mi elucubración:

- el envejecimiento de la población costarricense por el fin de la transición demográfica a inicios de la tercera década de este siglo;
- los efectos previstos de la crisis climática planetaria sobre las zonas del trópico húmedo según los escenarios planteados por los expertos;
- las tendencias de la migración en Centroamérica y la posición de Costa Rica como el principal receptor de migración intrarregional;
- los diferenciales de productividad producto de la estructura dual de la economía costarricense;
- la severa y prolongada crisis fiscal del Estado de bienestar;
- la mediocridad y falta de avance del sistema público de educación preuniversitaria; y
- la insostenibilidad de los sistemas de pensiones.

Una vez determinados esos factores, di un segundo paso: suponer que todos tenían un movimiento convergente hacia una peor situación.

En otras palabras, me planteé la interrogante de: “¿qué pasaría si?”, el famoso “What if?” si los problemas de hoy se agravan.

Este escenario de agravamiento convergente no me lo saqué de la manga, además, sino de la observación de la crisis por la que el país atraviesa, inducida por la pandemia de la COVID-19. Aquí tenemos un experimento natural: un evento catastrófico ha materializado riesgos que el país enfrentaba y ha provocado una convergencia temporal de problemas: la contracción en la economía, un profundo retroceso en las oportunidades laborales, que ha ensanchado la pobreza y la desigualdad y ha acelerado la insostenibilidad fiscal de nuestro Estado. Sobre estos asuntos vuelvo al final de mi conferencia.

Me formulé, entonces, la siguiente interrogante:

¿Qué pasaría, entonces, si el país no se enfrentara a un agravamiento coyuntural, sino a un declive a largo plazo por tendencias de corte estructural?

El ejercicio prospectivo de la distopía que hice para responder esta pregunta se predica sobre tres supuestos:

El primer supuesto es que hay variables fuera del control y las decisiones del gobierno de un pequeño país como el nuestro. El ejemplo más claro es la crisis climática. Ahí no nos quedará más que mitigar y adaptarnos a lo que viene. En otros, como la demografía, el futuro ya está aquí: a menos que haya guerras o un evento catastrófico global, la mayoría de las personas que estarán vivas en el 2046 ya nacieron.

El segundo supuesto es que aquellos factores que sí están bajo control no se adoptan, por diversas razones, decisiones que corrijan nuestras debilidades. Por ejemplo, sea por tensiones sociales y políticas, incapacidad para formar mayorías políticas o por simple oportunismo, en los próximos años las políticas económicas y sociales que prevalecieron a lo largo de las dos primeras décadas del siglo siguen siendo aplicadas. Es decir, no hay un punto de giro y seguimos en lo mismo.

El tercer supuesto es el carácter cerrado y estático del mundo que imaginé. Salvo la disrupción de un elemento externo (la crisis climática), todo lo demás lo fabulo a partir de factores de la realidad

actual. Esto es claramente una limitación: el mundo está en medio de una revolución científico-tecnológica compleja que modificará, sin duda, las fuentes energéticas, las relaciones económicas y políticas en todas partes. Sin embargo, la incertidumbre que rodea el curso y las implicaciones de esta revolución me creaba una gran dificultad para tratarla como otro factor endógeno dentro de mi prospectiva. Procuré mantener este ejercicio, entonces, dentro del límite de lo manejable para esta presentación. Sobre este punto volveré al final de mi charla.

¿Para qué imaginarnos futuros?

No estoy siendo original, por supuesto, en esto de las metodologías prospectivas para la elaboración de escenarios futuros a largo plazo. Han sido muy empleadas en las ciencias naturales, especialmente en las áreas de la biología y el clima, para estimar las consecuencias de mantener los patrones actualmente prevalecientes en el uso del patrimonio natural y los efectos de las emisiones y desechos que produce nuestra civilización sobre el sistema planetario.

Estas metodologías son también de uso común en el mundo de las ingenierías, pues un problema rutinario que deben resolver es estimar la capacidad de soporte y obsolescencia de las infraestructuras y objetos a las presiones del ambiente natural o social. Las proyecciones que interesan, en particular, son las que logran encontrar los diseños más eficientes y pueden determinar los umbrales de fatiga y, muy especialmente, los puntos de quiebre en el diseño de las cosas⁶.

En las ciencias sociales, las metodologías más sofisticadas para la elaboración de escenarios a futuro han sido creadas por las disciplinas de la demografía y las ciencias actuariales, las que por su naturaleza están volcadas al estudio del largo plazo.

Ambas disciplinas emplean modelos estadísticos y matemáticos para los análisis de sobrevivencia y de riesgo y tienen una gran ductilidad a la hora de combinar variables sociales, financieras, políticas, demográficas e institucionales en sus estudios. A partir de la segunda mitad del siglo y, en mi opinión, con cierto rezago a los desarrollos de estas disciplinas, la modelística del futuro tomó fuerte importancia primero en la economía⁷, y, más recientemente, en otras disciplinas como en la mía,

las ciencias políticas, donde ha dado origen a una aplicación: las empresas de evaluación de riesgo político en los países (cfr. Fearon, 1991; Bernstein, et al., 2000; Barma, et al., 2016).

Los combates por el futuro

De manera sintética podemos decir que el futuro se proyecta con un doble propósito. Por una parte, entender las consecuencias de nuestras acciones y modo de funcionamiento actual; por otra, encontrar maneras para mitigar, adaptar o revertir los peores efectos⁸.

En ese sentido, así como la historia es siempre un campo de batalla para encontrar significado a las acciones del presente, asunto que los historiadores conocen de sobra -recordemos la obra de Lucien Febvre de 1971 “Combates por la Historia”-, la imaginación del futuro es también una herramienta crítica y, por tanto, incómoda y hasta libertaria, para desnudar la contemporaneidad. Desde esta perspectiva, las elaboraciones sobre el pasado y sobre el futuro comparten una epistemología.

En la actualidad hay todo un campo del saber ligado a la elaboración de escenarios futuros. En términos generales, las proyecciones siguen, con un gran refinamiento metodológico, una pregunta básica y su tratamiento por medio de una secuencia de pasos.

La pregunta, como ya enuncié antes, es: “¿qué pasaría si?” Parece una interrogante sencilla, pero encierra una gran complejidad, porque implica una serie de reglas metodológicas estrictas, orientadas a la elaboración de proyecciones disciplinadas e idóneas a entender las consecuencias e implicaciones de un problema que se está procurando entender.

Sin disciplina, podría uno imaginar mundos en los que las “vacas vuelan” y los “perros hablan y conducen vehículos”, pero se trata de elaboraciones con poca relevancia para pensar críticamente los problemas actuales. No digo que no pueda haber especulaciones libres que adquieran, tiempo después, relevancia como premoniciones. Pienso, por ejemplo, en las imaginaciones de Julio Verne sobre el viaje submarino, o en la anticipación del genial Da Vinci sobre la máquina voladora hace más de seis siglos.

Vuelvo a mi tren de pensamiento. A pesar de toda la sofisticación metodológica que ha logrado la prospectiva aplicada a la resolución de problemas

actuales a partir de métodos y data científicos, usualmente se aplica una serie de pasos analíticos⁹:

- primero, entender: es decir, calibrar las relaciones entre los factores de interés dentro de un sistema para crear un modelo estilizado del funcionamiento de la realidad;
- segundo, modelar: es decir, expresar tales relaciones como un sistema de algoritmos más o menos complejos, de manera que las magnitudes específicas puedan ser manipuladas en uno u otro sentido de acuerdo con ciertas estipulaciones;
- tercero, alterar: es decir, formular los “¿qué pasaría si?”, las disrupciones o alteraciones en el comportamiento de uno o varios factores, para comprender sus efectos sobre el comportamiento del sistema en su conjunto;
- cuarto, observar: es decir, entender los “puntos de quiebre” o umbrales a partir de los cuales cambios en el nivel de intensidad de una alteración provocan cambios cualitativos en el funcionamiento del sistema, produciendo nuevos senderos de evolución.
- quinto, descubrir: es decir, modelar los efectos de estos cambios cualitativos sobre las condiciones actuales.
- finalmente, prescribir: es decir, formular sugerencias para ajustar las condiciones vigentes a fin de evitar la entropía generada por alteraciones modeladas.

Precisamente por esta secuencia metodológica, decía yo que el futuro es, parafraseando a Febvre, un combate por el presente. Que esto es así lo demuestra patentemente la feroz lucha política alrededor de la modelística prospectiva sobre la crisis climática de origen antropogénica.

Quienes la niegan, por las razones que sean, atacan los fundamentos técnicos y metodológicos de los supuestos y estimaciones en los que se basan los escenarios prospectivos. Atacan, por cierto, la proyección de futuro en particular, aunque no la posibilidad de imaginar futuros, que es una cualidad inherente al ser humano. Lo que dicen es que ese futuro no es “real”, perdonen aquí el juego de palabras, en el sentido de que su probabilidad de ocurrencia es muy baja, lo cual lo hace trivial.

Un excursus

Antes de seguir quiero hacer una breve excursión (excursus) motivado por el hecho de que pronuncio esta conferencia aquí, en UCREA, un espacio que por naturaleza es multi y transdisciplinario.

La metodología de escenarios futuros no es privativa de las ciencias naturales, las ingenierías y las ciencias sociales, aunque pueda uno encontrar ahí el mayor refinamiento y sofisticación metodológica y técnica. Está presente también y de manera muy prominente, en las artes.

Pensemos en la literatura. Recordemos, por ejemplo, las novelas “1984” de George Orwell y “El mundo feliz” de Aldous Huxley, dos obras cumbres del siglo XX. Orwell proyectó las prácticas totalitarias de las dictaduras europeas de mediados de siglo pasado y las escenificó en un contexto tecnológico distinto, mucho más avanzado, que permite a un gobernante un control político absoluto sobre los gobernados.

Por su parte, Huxley, más sociológico y complejo a mi juicio, proyecta a un futuro aún más distante las asimetrías de poder y condiciones de vida de la sociedad de clases. En su imaginación estas asimetrías pasan de ser relaciones sociales maleables, a una determinación biológica invariable, mediante la producción industrial de seres humanos a partir de la manipulación genética.

Como en “1984”, “El mundo feliz” imagina un futuro en el que la revolución tecnológica se alía con los dueños del poder político para crear sociedades radicalmente opresivas. Así vista, la tecnología no está al servicio potencial de la libertad, como lo creían los pensadores de la Ilustración, Hegel y el mismo Karl Marx, -que la revolución tecnológica había creado las condiciones para que, finalmente, la humanidad pudiera liberarse del “mundo de la necesidad”- sino que, para estos autores anti-utópicos, la tecnología se convierte en una herramienta medular para la opresión social y política.

La literatura de ciencia ficción en términos generales está también predicada sobre la proyección exagerada de ciertas condiciones de la contemporaneidad, para a partir de ella crear mundos alternativos. Pensemos en ese sentido, en la ambiciosa secuencia de las llamadas “novelas de la fundación” escritas Isaac Asimov,

una especie de “historia del futuro”, cuidada hasta en los detalles menores, que por cierto descubrí una vez que quedé varado en un aeropuerto y, en apenas el comienzo, no logré parar de leer por casi 24 horas. O esa joya deliciosa “Fahrenheit 451” de Ray Bradbury, mucho más sintética, pero con gran profundidad y mordiente, en la que fantasea acerca de la materialización del mundo del “muera la inteligencia” del general golpista Millán Astray, grito pronunciado en los albores de la Guerra Civil española de 1936.

A este punto quiero hacer justicia con un ídolo de niñez, que mencioné en pasando hace rato: Julio Verne. Resulta que una novela suya descubierta hace pocos años, titulada “París en el siglo XX” rompe con su imagen como soñador inconsecuente y divertido, y utiliza su capacidad imaginativa para modelar un oscuro mundo futuro.

Prosigo. En la pintura, por hacer una rápida mención, tenemos la denominada “pintura futurista”, más radical que el mismo cubismo en la de-construcción de la estética tradicional, pero también más abrazada a la sustitución de la naturaleza por un mundo en el que no hay espacio ni una temporalidad definida para la cálida luz del sol y los verdes de la naturaleza, solo individuos rodeados de condiciones más o menos hostiles o, muchas veces, mundos sin seres humanos.

En el cine han proliferado las cintas distópicas, que constituyen en la actualidad toda una robusta y vigorosa industria. Por lo general, las cintas son “primas cercanas”, con sus matices, de las obras ya señaladas de Orwell y Huxley. No sé si ustedes han visto las formidables “Blade Runner”, la original y la más reciente secuela, o las “Mad Max”, a las que siempre encuentro recreadas el binomio tecnología y poder como elemento catastrófico. La cinta “Metrópolis” de 1927, de Fritz Lang, debe ser vista como una obra pionera y monumental, por su contenido argumental y su estética, del pensamiento distópico del siglo XX.

Esta limitada excursión por las artes, lo admito, me permite, sin embargo, plantear lo siguiente: no es necesario el empleo de modelos matemáticos sofisticados para la proyección de mundos futuros.

Preciso todavía más: se puede hacer una elaboración rigurosa de un escenario futurístico mediante la combinación de imaginación, estética y deducción. Se trata de una potente mezcla:

